

Lo que sea de cada quien

El abrazo de Miguel Alemán

Vicente Leñero

Mi hija Mariana tomó la llamada. Tenía entonces dieciocho años y sabía de mi proclividad a rechazar toda suerte de invitaciones a conferencias, mesas redondas, encuentros culturales... Se trataba ahora de la Reseña de Cine en Acapulco que no me obligaba a participación alguna. Sólo a estar ahí tres o cuatro días para ver películas y codearme con gente de nuestra raquítica industria. Con la persona que telefoneaba a nombre de los organizadores, Mariana se comprometió a convencerme de asistir a la reseña con una condición, clamó: que la invitaran también a ella como mi acompañante.

Llegamos a un hotel próximo a la playa de La condesa, y el joven edecán que pasó a recogernos e instalarnos mostró de inmediato interés por la bellísima figura de la menor de mis hijas. Mariana lo calificó de “niño güegüenche”: “Quiere presumir de ser experto en cine” se burló.

—Pero lo bueno es que nos lleva, nos trae, nos consigue entradas y no necesitamos preocuparnos para nada —repliqué yo, convencido de las ventajas de tener un guía incondicional.

La segunda noche en Acapulco, aquel niño güegüenche me alcanzó en el elevador del hotel. Quería invitar a Mariana a un baile largo de la Reseña donde se congregaban estrellas mexicanas y extranjeras.

—¿Ya le preguntaste si ella quiere ir contigo?

—Primero quería pedirle permiso a usted —respondió.

—Ella es la que decide, yo qué.

Mariana se echó a reír cuando le conté el incidente.

—¿Lo ves?, es un niño que necesita a su mami para que le limpie los mocos.

Sin embargo, mi hija aceptó y se fue con él al baile mientras yo me encontraba con mi

amigo, el cineasta Alfredo Joskowicz. Juntos nos apersonamos en otro evento: una muestra gastronómica guerrense en un amplísimo recinto que repletaron invitados especiales. Había de todo: desde empresarios de cine, hasta políticos, periodistas y colados que circulaban en torno a los tenderetes donde se podían pedir sin límite las especialidades de la región.

De pronto, cuando comidos hasta el h a rtazgo Alfredo y yo cruzábamos de salida frente a una mesa grande de comensales elegantes, vi alzarse de su silla, de un solo impulso, la trajeada figura de Miguel Alemán Valdés. Mucho sabía de su fama, por supuesto; de su juventud como hijo de presidente, creador de revistas, empecinado escritor, empresario, político, galán... Él fue el principal promotor de aquellas reseñas en Acapulco, y en ese entonces —1988— era socio de Azcárraga, presidente de Televisa.

Miguel Alemán se dirigió febrilmente hacia mí, y tal actitud me sorprendió. Jamás lo había visto en persona, pero me abrazó como si fuéramos entrañables amigos.

—Pero qué gusto, caramba, ¡qué gustazo!

Me jaloneó afable hacia sus acompañantes.

—Cuánto tiempo de no vernos, mi querido Barragán —dijo, y entonces advirtió su

confusión—. Aquí está Christiane —añadió sin que me atreviera a sacarlo de su equívoco.

También Christiane Martel —su siempre bellísima esposa— se levantó sonriente para tronarme, ¡oh!, un beso en la mejilla.

—¡Qué gustazo, Barragán!

—Siéntate con nosotros —insistió Miguelito. Y cuando hizo el intento de presentarme con cada uno de los comensales de su mesa, lo frené:

—Me esperan allá unos amigos —dije señalando a ninguna parte—, no puedo.

—Sólo un momento —pidió Christiane.

—Lo siento, no puedo —sonreí como si ya me sintiera el misterioso Barragán con el que me confundían—. Luego los veo.

Miguel Alemán me volvió a abrazar:

—No te vayas de Acapulco sin que platiquemos, Barragán.

—Por supuesto que no. Yo los busco.

Regresé a reunirme con Joskowicz quien se había mantenido muy apartado de la conversación. Salimos del recinto gastronómico. Alfredo se mostraba sorprendido.

—No sabía que fueras tan amigo de Alemán —dijo.

Con un gesto de fatuidad —chasqué la boca— lo mantuve en el error.

—Pues ya ves... U



Miguel Alemán y Christiane Martel